

# EL TERREMOTO y MAREMOTO DE CONCEPCION

## POR VICTOR DOMINGO SILVA

Las impresionantes escenas que siguen, han sido extractadas de "El Mestizo Alejo", la famosa novela de Silva, cuya segunda parte, "La Criollita", publicará en breve la Editorial "Zig-Zag".

A partir del instante en que Yuyito, apretando contra el pecho la preciosa carga que se le confiaba, se separó de sus cómplices y ganó el campo en demanda de su linco, sólo Dios sabe cuánto de su alma han puesto doña Isabel y doña María Francisca en sus oraciones cotidianas. Nunca, mensajero alguno, ha llevado sobre sus flacas espaldas tamaña responsabilidad... Desgraciadamente, antes de las veinticuatro horas ya llegan a La Concepción los derrotados de Molino del Ciego, ensangrentados y maltrechos y aún más dolidos del alma que del cuerpo. El "astuto" Alejo, ha bandeado el Biobío sin que alma nacida lo sienta, ha batido soberbiamente a la división del Capitán Gallegos y, demostrando que es algo más que el infeliz traidorzuelo de que se habla en los corrillos, se dispone a caer sobre La Concepción.

Fácil es, en consecuencia, darse idea de la alarma que suscita la noticia de la segunda vergonzosa derrota sufrida por los castellanos en Los Perales y explicarse, asimismo, el hecho de que la retirada de los indios en Lonquén, ajena a la acción de las armas, sea celebrada por el vecindario, como una espléndida victoria. Echase las campanas a rebato — aunque el as de los campaneros, por sospechosa coincidencia, se encuentre ausente — y todos los magnates de la ciudad se apresuran a constituirse en palacio a cumplimentar a Su Excelencia el Gobernador alma de aquella real cruzada de reconquista y pacificación.

Sonriendo de satisfacción, el Almirante reconsidera el acuerdo de hacer reconcentrarse en la ciudad las tropas en campaña, y decide, en cambio, renunciar al regalo de la vida urbana para ir a ponerse en persona al frente de la división que opera en la región del Sur, precisamente, donde la campaña es de mayor peligro y responsabilidad. Todos aplauden esta resolución y todos requieren ser los primeros en acompañarle. Por cierto, que don Andrés no es de los que se quedan rezagados: cuida, especialmente, de farronear cuando ve que puede oírle el Corregidor, con la secreta esperanza de que, en las tertulias del hogar, hable de las brillantes cualidades que adornan al Alférez de la Riva.

A última hora, y listas ya las tropas para ponerse en marcha, aquel pichón de héroe pretende, como otras veces, hurtarle el cuerpo al servicio dando parte de enfermo. Pero el Gobernador, que ya está escamado y que le ha cogido la palabra, lo hace abandonar el lecho y se lo lleva consigo como su gonfaloniero. Esto consuela, en parte, al atolondrado mozo, que con fruición difícil pasa en las filas frente al Palacio de Gobierno, portando en alto la enseña de guerra con las armas del Gobernador del Reino.

Tal como ocurrió a raíz de la primera campaña (cuando, a ruegos de su madre, dispuso Alejo levantar el sitio de La Concepción), también ahora, bajo el sutil y persistente influjo de los agentes de la iglesia, el vulgo ha hecho intervenir a sus santos favoritos, atribuyéndoles

la mejor parte en el éxito de la jornada. Si las tropas de Alejo — dicen — que ya estaban a punto de alcanzar un nuevo triunfo sobre las armas cristianas, volvieron cara de repente y se desbandaron escapando, no ha podido ser sino por la intervención de algún santo de influencias, deseoso de dar a Yumbel una muestra palmaria de su predilección. ¿Y cuál puede ser ese santo milagroso, sino San Sebastián, cuya imagen se venera en su templo y en cuyo honor se celebran anualmente fiestas que van creciendo en pompa y solemnidad? Y llueven votos y ofrendas sobre el altar del soldado mártir, víctima de la impiedad del déspota pagano, y beatas y beatos van a pasar a sus pies largas horas, soñando, después de siglos, con arrancar de su carne aquellos dardos y restañar la sangre de aquellas heridas...

Otra conseja que circula y se difunde mucho, es la que atribuye a milagro la repentina variación del viento en el curso de la misma batalla. Cuéntase que en los instantes de mayor aflicción para las huestes españolas, cuando ya todos se disponían a morir achicharrados, el Teniente Jerónimo de Campos, tuvo la feliz inspiración de impetrar el favor de Nuestra Señora de Guadalupe, de la que era y sigue siendo fervorísimo devoto, y que él y muchos otros vieron cómo se apareció la Virgen y con su propio manto azul, hizo retroceder la hoguera llevándola al campo de los bárbaros. ¿Cómo dudar de un hecho que afirman haber presenciado tantas personas dignas de crédito y que tan de acuerdo está, por otra parte, con la calidad de los sentimientos que unen a La Concepción con su Augusta Centinela?

El Padre Abdulio (S. J.) gloria naciente de la elocuencia sagrada, ha dicho desde el púlpito: "*Tues Petrus, et super hanc petram edificabo Ecclesiam meam et portae inferi non prevalebunt adversus eam*". *Evangelio de San Mateo. Capítulo XVI, versículo 18.* No prevalecerán, no, contra vosotros, cristianos de corazón.

A eso de las siete y media de la tarde — aun hay luz, y el vecindario, después de la cena, cumple sus devociones cotidianas — una sacudida sísmica que se prolonga por algo más de un minuto, derriba total, o parcialmente, la gran mayoría de los edificios en medio del desgarrado clamoreo de ¡misericordia! de todas las bocas, del golpearse de la gente arrodillada y del erizante hipar de heridos y moribundos que piden a gritos confesión. Todo entre la volvedura de los muros y techos — adobe y teja — hechos terrones, y ante la amenaza de las hogueras que asoman por los boquerones de las que fueron casas. Tiene la tierra, cuando tiembla, algo de la furia rabiosa de una fiera que zamarrea a su presa antes de devorarla. Se diría que trata de desprenderse con ímpetu de algo que le estorba. Y no hay nada comparable al paroxismo de aquel pánico: todo es un correr sin tino; algunos gritan como si aullaran; otros con los ojos desorbitados se asfixian, mudos por el terror, o se quedan inmóviles como engrillados por ataxia repentina; se pierde toda noción de autodomínio; el instinto de conservación impera

en absoluto; no se piensa en nada, como no sea en no morir y, reducido a lo ínfimo el respeto humano, hijo del orgullo, sólo se atina a impetrar el favor de lo desconocido misterioso — Dios, supremo dispensador de todos los bienes — mendigándole un poco de piedad.

Ninguna calamidad — guerras o pestes o grandes catástrofes, como incendios, naufragios o inundaciones — tiene en el grado de los terremotos, la propiedad de ser interpretada como un castigo divino. El cielo parecería pues, sentir predilección por este procedimiento punitivo. Como quiera que sea, no puede negarse que, mientras la tierra tiembla, es cuando se revela en toda su endebles la naturaleza humana y cuando, bajo la acción del miedo, el arrepentimiento empuja a la contrición y el egoísta se siente generoso, el soberbio humilde, el iracundo manso, y creyente el descreído. Se puede así, sin mayor esfuerzo, imaginar el espectáculo que ofrece el vecindario de La Concepción en el curso de aquella noche fatídica.

Dominando el conjunto, destácase la silueta de los sacerdotes, con el Cristo en la diestra, oyendo confesiones, perdonando, absolviendo, infundiendo ánimo con la conformidad e instando a todo el mundo — hombres y mujeres, soldados y paisanos — a entregarse a la penitencia y a hacer pública promesa de no reincidir, "a fin de calmar la justa ira del cielo". La que reincide es la tierra, que se niega a estar quieta y que, de cuando en cuando, como si le complaciésemos exasperar a sus víctimas, arranca, con nuevas oscilaciones, alaridos y clamores de angustia a la muchedumbre enloquecida. Y como si fuese poco, el mar que hasta ese momento ha permanecido tranquilo, se recoge hasta muy adentro, desplegando como en un baja marea extraordinaria, para invadir por tres veces consecutivas la población y rematar con la violecnia de sus olas la obra del terremoto.

El clero no descansa. La hora de la angustia y del dolor es la suya. Vese a Monseñor Cimbren, con todos sus años y todos sus achaques; al Padre Rosales, que ha regresado de su viaje de inspección por las misiones de su provincia; al propio Canónigo Pazos de Obregón, con toda su corpulencia; al Padre Abdullo, a frailes de todas las órdenes con residencia en la ciudad, aquietando el ánimo de las gentes, infundiéndoles confianza en la misericordia del Altísimo; "cuya santa cólera no puede ensañarse en sus atribulados hijos, los pobres y tristes pecadores de La Concepción", y se ve también, valientemente dirigidos por su jefe, a los hermanos de la vieja Cofradía de la Vera Cruz, demostrando que si les gusta lucirse en las grandes fiestas de homenaje a Su Majestad, también son capaces de sacrificarse por el prójimo en trances tan serios como aquél.

Balsas y chalupas son arrancadas de sus fondeaderos o barridas del lecho de arenas en que descansaban panza arriba y, revueltas con los bultos guardados en bodegas y cobertizos, van a dar como arietes contra los tejados. Lo más grave, y lo que da una impresión más exacta de la magnitud del desastre, es el naufragio del velero "Tres Amigos", de la matrícula del Callao, al ancla en la bahía: el casco, co-

mo si fuese de papel, es levantado por la gigantesca ola, arrastrado por ella hacia la costa y depositado en el patio del caserón del conocido vecino don Manuel Barria. Dícese que han perecido todos, de capitán a paje, "por hallarse en pecado mortal" y que sólo se ha salvado el Capellán del barco, merced a que el maremoto le sorprendió en el oratorio, rezando a los pies de Nuestra Señora del Perpetuo Socorro. El bajel entero fué inundado por el agua hirviente y cenagosa, con excepción del aposento en que el buen clérigo cumplía sus piadosas prácticas...

No es el único caso que les es dado comprobar a los atemorizados penquisas en esta larga noche de angustia y arrepentimiento. El agua del mar, en su tercera terrible embestida, alcanza hasta los techos de las casas, inunda las naves de los templos, espumajea por las calles como en un ansia loca de destrucción y de exterminio. Pero se detiene en torno del altar de Nuestra Sra. de las Nieves, en el interior de la Catedral, sin atreverse siquiera, ¡oh, milagro!, a mojar la peana de la imagen, que, respetada por el temblor, permanece inmóvil en su majestad de Reina de los cielos. El cataclismo, sin embargo, es decisivo. Si no lo remedia Dios, La Concepción puede darse por definitivamente perdida!

Afortunadamente, los habitantes han alcanzado a huir y refugiarse en las colinas del contorno; lo penoso es que muchos heridos que quedaron entre los escombros, desaparecen bajo las aguas turbulentas. La Catedral, como el Palacio de Gobierno, se abre por el medio: su torre, trabajada ya por la constante vibración de las campanas, se derrumba con estrépito; pero allí como en otros templos destruidos, se mantienen en pie algunos altares, casi intactos, y se ven algunas imágenes, imponentes en su inmovilidad, como si suplicasen al cielo compasión y gracia para las que les rinden devoción. "¡Milagro! ¡Milagro!" — repite la gente. Y lo mismo dice cuando se sabe que el Convento de las Trinitarias, severo, pero vetusto edificio, casi tan antiguo como la ciudad, sólo ha sufrido defectos de escasa consideración.

San Agustín, San Francisco, San Juan de Dios, Santo Domingo, La Merced, están por los suelos. También ha sufrido graves deterioros la ermita de Nuestra Señora de Guadalupe, aún cuando la luz de su fanal, se ve brillar tranquila en lo alto del cerro solitario, como una estrella anunciadora de esperanza. La Compañía de Jesús es la que ha sido más afortunada: su templo muestra apenas insignificantes quebraduras; todos los altares en su sitio; los santos, en actitud de orar o de adorar, rodeados de flores y de luces... Es indudable, que el Cielo quiere dispensar favores especiales a los hijos de San Ignacio de Loyola.

Por la acción misma de los sacudimientos de la tierra, dan los badajos en el metal de las campanas, y éstas se echan a sonar, arbitrariamente, como si las tafiese un espíritu enloquecido. Es un hecho muy natural, de una simplicidad pueril; pero el miedo y la fe de los devotos, aseguran que son los ángeles los que, en ausencia de los campaneros y monaguillos, se han encargado de repicar para los vivos y de redoblar por la memoria de los muertos.

